

LA CRUZ Y NUESTRA REDENCIÓN

Juan 27:33-50



Los soldados clavaron a Jesús en la cruz, y luego hicieron un sorteo para ver quién de ellos se quedaría con su ropa. También colocaron un letrero por encima de la cabeza de Jesús, para explicar por qué lo habían clavado en la cruz. El letrero decía: «Éste es Jesús, el Rey de los judíos». Junto con Jesús clavaron también a dos bandidos, y los pusieron uno a su derecha y el otro a su izquierda. Luego, los soldados se sentaron para vigilarlos.

La gente que pasaba por allí insultaba a Jesús y se burlaba de él, haciéndole muecas y diciéndole: «Tú dijiste que podías destruir el templo y construirlo de nuevo en tres días. ¡Si tienes tanto poder, sálvate a ti mismo! ¡Si eres el Hijo de Dios, baja de la cruz!»

También los sacerdotes principales, los maestros de la Ley y los líderes del pueblo se burlaban de él. Decían: «Éste salvó a otros, pero no puede salvarse a sí mismo. Dice que es el rey de Israel. ¡Pues que baje de la cruz y creeremos en él! Dijo que confiaba en Dios, y que era el Hijo de Dios. ¡Pues si en verdad Dios lo ama, que lo salve ahora!» Y también insultaban a Jesús los bandidos que fueron clavados a su lado. Desde el mediodía hasta las tres de la tarde, el cielo se puso oscuro. A esa hora, Jesús gritó con mucha fuerza: «¡Elí, Elí!, ¿lemá sabactani?» Eso quiere decir: «¡Dios mío, Dios mío! ¿Por qué me has abandonado?» Algunos de los que estaban allí, lo oyeron y dijeron: «¡Está llamando al profeta Elías!» Uno de ellos buscó enseguida una esponja, la empapó con vinagre, la ató en el extremo de un palo largo y se la acercó a Jesús, para que bebiera. Los demás que observaban le dijeron: «Déjalo, vamos a ver si Elías viene a salvarlo.»

Jesús lanzó otro fuerte grito, y murió.

Después de que nuestro Señor fuera clavado en la cruz, sus verdugos levantaron la cruz con la ayuda de varias cuerdas y la dirigieron hacia el hoyo que tenían excavado en el suelo. Entonces inclinaron la parte superior un poco hacia adelante.

El sonido de muchas trompetas que anunciaban que el sacrificio de los corderos pascuales había comenzado, se pudo oír procedente del Templo. Las notas solemnes de las trompetas sonaban por encima de los gritos de burla y de los llantos de lamento, pues el verdadero Cordero de Dios estaba siendo sacrificado. Muchos corazones endurecidos fueron conmovidos, recordando las palabras de Juan el Bautista: “¡Miren, ese el Cordero de Dios, que quita el pecado del mundo!” Y después de que pusieran la cruz en el hoyo con aquel terrible golpe, hasta las mismas burlas fueron interrumpidas durante unos minutos por un asombroso silencio. Un sentimiento extraño sobrevino a cada uno de los presentes. Hasta el mismo infierno sintió el terror del golpe de la cruz al hundirse en el hoyo y, una vez más, estalló en rebelión contra ella, con insultos y maldiciones.

Pero las almas que estaban en el reino de los muertos se sobrecogieron con un profundo anhelo y gozo.

Ellas oyeron el golpe con esperanza y expectación. Les sonaba como la llamada del Victorioso, acercándoles a las puertas de la redención. Como un segundo árbol de la vida del paraíso, la cruz santa se elevaba ahora en medio del mundo, y de las heridas de Jesús fluían raudales de sangre santa sobre la tierra.

Jesús está ahora unido a la cruz como el símbolo de la redención, el símbolo de victoria, el símbolo del maravilloso poder de Dios. En la cruz hay fuerza y poder, porque cuando la cruz se incrustó en la tierra, el infierno se estremeció. Elevándose hacia el cielo, la cruz señala el camino hacia el trono de la gracia para aquellos que se postran ante ella, llorando por sus pecados. Y de la misma forma como sus brazos se extienden en todas las direcciones, los brazos de Jesús están extendidos para traer a los hijos perdidos, desde todas las direcciones de la tierra, al hogar celestial del Padre.

Oh cruz, que ahora estás ante nosotros en ésta, la más sagrada de las horas, en ti encontramos la salvación. Estás allí majestuosamente, porque Aquel que fue crucificado sobre ti, venció en medio de todo Su sufrimiento, el Cordero que fue conducido al matadero, el Cordero que venció al poder del infierno.

Una mirada a la cruz conmueve los corazones humanos y los enciende de amor. Conciencias cargadas son libertadas y las cadenas son rotas. Aquellos que estaban desesperados por causa de sus pecados, son llenos de gozo. Cuando el Cordero de Dios moría sobre la cruz, comenzó la hora de Su Victoria.

Ahora el Padre espera, que las personas de todas las partes del mundo vengan a la cruz, para adorar al Cordero de Dios, y para recibir salvación a través de Sus Heridas. Queremos ir a Él en esta hora, para alabarlo y adorarlo. Jesús sufrió todo lo que una persona torturada y destrozada sufre, cuando está completamente abandonada por Dios y privada de todo consuelo, humano o divino. La aflicción es indescriptible cuando ni la fe, ni la esperanza, ni el amor, encuentran respuesta, ni realización, ni luz, sino que yacen desnudos y vacíos, y se consumen solos en el desierto de la tribulación en inmensurable agonía. En medio de este sufrimiento, el asombroso amor de Jesús ganó para nosotros las fuerzas suficientes para que podamos ser victoriosos en la más grande aflicción, cuando estamos abandonados, cuando todos los lazos y relaciones en la tierra hayan llegado a su fin.

Habiendo estado inmerso en las amargas profundidades de la agonía de ser abandonado por Dios y por los hombres en la cruz, Jesús ahora puede extendernos su mano y preservarnos de ser abandonados en la hora de la muerte. Que nunca olvidemos que la agonía de ser abandonado, fue más amarga para Jesús de lo que jamás podría ser para una criatura humana, ya que Él realmente era Uno con el Padre, siendo verdaderamente Dios y verdaderamente hombre. Como Dios hecho Hombre, probó la medida completa de la condición de la humanidad separada de Dios.

Entonces Jesús dijo: “¡Consumado es!” Levantó la cabeza y clamó a gran voz: “¡Padre, en tus manos encomiendo mi espíritu!”. Fue un grito fuerte y conmovedor, que atravesó el cielo y la tierra. Después, inclinó su cabeza y entregó su espíritu.

¡He aquí, el Cordero de Dios!

¡Oh, Señor Jesucristo, Tú has triunfado, y quebraste el poder de la muerte! ¡Alcanzaste la salvación eterna para toda la humanidad!

¡Gloria, gloria, gloria al Cordero, desde hoy y para toda la eternidad!. Amén.

© 2022 EMS Darmstadt, Alemania

Extractos del libro “Déjame estar a Tu lado” M. Basilea Schlink

www.canaan.org.py * info@canaan.org.py
www.kanaan.org * info-es@kanaan.org